

Martínez, Miguel, *Front Lines. Soldiers' Writing in the Early Modern Hispanic World*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2016, 309 págs., ISBN: 978-0-8122-4842-5.

Bajo una etiqueta tan pertinente como eficaz –la “escritura soldadesca”– Miguel Martínez ofrece en *Front Lines* la demostración en acto de una nueva metodología para el acercamiento a la literatura moderna, explorando un actor central y marginado a la vez en la historia moderna hispánica: el soldado en cuanto “camarada de las Musas” (“Intr.: The Muses’ Comrades”, p. 1-11).

El poeta soldado, ese personaje que toma *ora la espada, ora la pluma*, ha sido elevado por la crítica al rango de figura constitutiva del *ethos* poético en el campo de las letras desde la primera mitad del siglo XVI, con la entrada de España en las guerras europeas bajo el reinado del Emperador Carlos V. Más recientemente, también se ha visto vinculado al género épico mediante una clase nobiliaria ilustrada en el manejo de las armas¹. Frente a estos motivos centrales en el canon poético hispano tal y como se describe hoy en día, Miguel Martínez reúne, ordena y presenta un corpus inédito que emana de otro tipo de actores militares, otro tipo de guerras, otra clase social: los anónimos soldados de a pie que protagonizaron las *guerras de la pólvora*². Aunando análisis sociológico (cap. 1, “The Soldier’s Republic of Letters”), poético (cap. 2. “The Truth about War”) e histórico, *Front Lines* nos lleva a través de esta literatura casi desconocida siguiendo los distintos terrenos en los que pudo expresarse esta voz alternativa, muchas veces subversiva, de los “soldados plásticos”: el Mediterráneo (cap. 3. “Rebellion, Captivity, and Survival”), el continente americano (cap. 4. “New World War”) y los lugares habitados por los veteranos de las guerras imperiales, donde recalaron con las indelebles huellas de su paso por los campos de batalla (cap. 5. “Home from War”). El éxito del libro, reseñado ya por cuatro investigadores de literatura hispánica moderna desde su publicación en agosto del año pasado, vuelve casi innecesario el resumen de su contenido, que encontramos, por otra parte, hábilmente sintetizado en la introducción (p. 6-8)³. Señalaremos aquí tan solo los aspectos más innovadores del trabajo de Miguel Martínez, puesto que forma parte de una riquísima evolución dentro del campo de los estudios sobre la literatura moderna.

Front Lines postula que es pertinente definir un corpus en función de una categoría socio-profesional que, al contrario del clero, de la nobleza o de la corte, no se suele

¹ VEGA RAMOS, M^a. J.: “Idea de la épica en la España del quinientos”, en VILÀ, L. y VEGA RAMOS M^a. J. (dir), *La teoría de la épica en el siglo XVI (España, Francia, Italia y Portugal)*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2010, pp. 103-135.

² Hereda los trabajos de MURRIN, M.: *History and warfare in Renaissance epic*, Chicago – London, University of Chicago press, 1994.

³ SÁNCHEZ JIMÉNEZ, A.: *Arte nuevo. Revista de estudios áureos*, IV (2017), pp. 1042-1051; BLACK, J.: *Journal of European Studies*, 47-1 (2017), p. 76; RIGAU, M.: *Caliope. Journal of the Society for Renaissance and Baroque Hispanic Poetry*, 22.1 (primavera 2017), pp. 195-198; otra reseña está pendiente de publicación por Elizabeth Wright.

asociar con la escritura: los soldados. Este postulado inicial implica una ampliación de la documentación del fenómeno literario. Miguel Martínez ha buscado y encontrado para ello fuentes literarias de sumo interés en archivos y en documentos no dedicados a la literatura y por ello marginados del corpus literario. Como estos versos de romance –“De nuestro color vestido / de verde y flores de plata”–, inscritos en medio de los nombres de jóvenes reclutas que aparecen en uno de los folios de la *Lista de la compañía del capitán Andrés Rey de Artieda* (1590, AGS, GyM leg. 315, f. 1): dos versos de un romance publicado por primera vez el año anterior y que demuestran el fuerte grado de contigüidad e integración entre práctica literaria y práctica militar, tanto en el espacio textual de la fuente como en el espacio social en el que fue producida (p. 23-25). Esta nueva lógica documental, ampliamente documentada en el primer capítulo, permite matizar la división establecida entre fuentes literarias e históricas, basada en los distintos modos de conservación a los que fueron sometidas, la biblioteca y el archivo. Miguel Martínez reevalúa así una producción literaria desatendida por cómo ha sido conservada, por sus soportes y por su modo de producción. Para justificar la coherencia de este corpus, nos muestra cómo esta producción soldadesca fue lo bastante institucionalizada como para merecer el título de República de las Letras. Sus agentes no solo presentan un alto grado de alfabetización, sino que también son sometidos a una organización muy coherente en un espacio singular, el de la guerra, donde circulan las tropas, las noticias y los libros, un espacio donde los autores encuentran un público específico, cohesionado por la común experiencia de las *guerre in ottava rima*. Estas nuevas guerras de la pólvora, que sustituyeron a las caballerescas guerras de armas blancas y duelos los anónimos combates de artillería, nacieron en los frentes italianos (véase la descripción bajo ese prisma de la batalla de Pavía, pp. 56-59 y 71-72). Están en el origen, según Miguel Martínez, de una nueva producción literaria. Al aristocrático modelo del *Orlando furioso*, estos soldados opusieron un tipo de textos –no exclusivamente épicos– marcados por la “urgencia de la escritura *in situ*” (p. 31), la atención a la nueva tecnología y al nuevo *ethos* militar, y el rechazo al régimen de ficcionalidad del romanzo. Con este criterio, Miguel Martínez hace emerger una nueva categoría en el corpus épico –la “épica de la pólvora”⁴–, que abarca algunos poemas hasta ahora poco estudiados: el *Carlo famoso* de Jerónimo Sempere (1560), los poemas de Baltasar del Hierro (la *Destrucción de África*, 1560; seguida por otro dedicado al marino Álvaro de Bazán, 1561), *La Araucana* de Ercilla (1569-1589), *Purén indómrito* de Hernando Álvarez de Toledo (ms.), *La Maltea* de Hipólito Sans (1582), la *Austriada* de Juan Rufo (1584) y el *El sitio y toma de Anvers* de Miguel Giner (1587). Poner el foco en los actores no autores de la institución literaria es otro punto de observación de esta respuesta genérica. Así la *Destrucción de África* de Baltasar del Hierro, publicada en Sevilla por Sebastián Trujillo, es obra de un impresor versado en literatura popular y pliegos de cordel, lo cual confirió al volumen un aspecto humilde bien distinto a la “imagen tradicional de la épica renacentista como el más alto de los géneros” (p. 90) y que Miguel Martínez describe en el segundo capítulo.

Esta República soldadesca de las letras promueve pues temas, formas y géneros íntimamente ligados con una nueva forma de vida militar a la que Miguel Martínez

⁴ MARTÍNEZ, M.: *Prácticas y Representaciones Del Imperio. Guerra, Imprenta y Espacio Social en la Épica Hispánica del Quinientos*, Tesis doctoral bajo la dirección de Isaías Lerner, City University of New York, New York, 2010; y “Género, imprenta y espacio social: una ‘poética de la pólvora’ para la épica quinientista”, *Hispanic Review*, 79.2 (2011), pp. 163-187.

devuelve su plena importancia. Las consecuencias sobre nuestra manera de leer la literatura son importantes. Coloca por ejemplo en el centro de la atención escritos que su indeterminación genérica, respecto a la organización actual del canon literario, tenía marginados. Así se describe detalladamente el *Libro de casos impensados*, manuscrito cuya portada fecha la redacción en Constantinopla en 1575 (pp. 101-117). El autor, cautivo de los turcos y ausente de la portada, sigue dos lógicas de escritura: una, privada, es la distracción que la pluma le proporciona frente a su condición de esclavo; otra, pública, lo eleva al rango de historiador dispuesto a contradecir los rumores, que juzga infundados, sobre la mala actuación de los soldados en la defensa de la Goleta, donde cayó preso. Como consecuencia, el texto oscila, formal y genéricamente, entre el diario (expresión en primera persona, acumulación de fechas precisas y ordenadas cronológicamente) y el relato histórico, entre el tono épico-militar y el lamento lírico que acompaña el salto del esquema épico al biográfico. Es imposible de ignorar esta tensión entre escritura pública y expresión privada que recorre el texto. La figuración intratextual del autor lo refleja: su firma cifrada, acróstica, se inserta al principio del poema, justo en un momento en que se establece la cartografía del imperio; pero el juego poético-visual y la clave del acróstico no se revelan hasta el final, cuando el lector ha podido seguir en su conjunto la desgraciada historia del cautiverio del poeta, cuando ya no queda héroe y cuando cualquier soldado ha podido identificarse con un relato que resuena en la memoria colectiva del grupo. En este y en otros casos, escrituras del yo, historia cronística y poesía se revelan tan estrechamente imbricadas que ya no funcionan como géneros, sino más bien como modalidades literarias compatibles.

Este cambio radical de perspectiva desemboca en uno de los análisis más innovadores sobre el género épico y su función política que se haya llevado a cabo en los últimos años. A raíz de su experiencia militar radicalmente nueva, los soldados adoptan una posición sumamente crítica, eventualmente subversiva, respecto al poder imperial. Documentada históricamente, esta postura crítica también se traduce en términos literarios. La voz de sus escritos, incluso cuando utilizan el metro y el género heroico, ya no es la del imperio, sino la de sus anónimos soldados que luchan para ver sus servicios recompensados. Así Baltasar del Hierro, en la *Destrucción de África*, no cuenta el sitio de Mahdia, en el que participó, sino sus consecuencias: un motín soldadesco que desemboca en la creación de una comuna electiva y canta las hazañas invisibilizadas de los “comuneros encendiados”. En este poema, como en *La Araucana* leída por David Quint, no se alcanza ningún final glorioso, no se logra la paz, no emerge un héroe vencedor ni un destino a largo plazo para la política militar del imperio. De hecho, tanto Hierro como Ercilla toman aquí partido a favor de la reversibilidad del género épico, de su capacidad para sugerir la inversión de las jerarquías y así reflejar el proceso de *mimesis cultural* adoptado por las poblaciones colonizadas e interpretado por Barbara Fuchs como una forma de resistencia⁵. *La Araucana* lo demuestra magistralmente, no solo por convertir a los “bárbaros bizarros” indígenas en modelos de virtud militar, sino también por la recepción que tuvo entre los enemigos de los españoles. En 1619, se publicó una traducción en prosa del

⁵ Sobre la reversibilidad de la épica, ALVES, H.: *Camões, Corte-Real e o sistema da epopeia quinhentista*, Coimbra, Centro Interuniversitário de Estudos Camonianos, 2001 y QUINT, D.: *Epic and empire: politics and generic form from Vigil to Milton*, Princeton, Princeton University Press, 1993. Sobre la mimesis cultural, FUCHS, B.: *Mimesis and Empire: the New World, Islam, and European identities*, Cambridge, Cambridge University press, 2001.

poema en Rotterdam, en virtud de una analogía en la que Flandes y sus habitantes demostraban la misma insumisión y capacidad de resistencia que los Araucanos, con quienes, de hecho, procuraron establecer contactos y alianzas (p. 160-164). Semejante americanización del punto de vista frente a un conflicto europeo demuestra la capacidad de esta institución literaria soldadesca para crear, transmitir y difundir nuevos discursos sobre la guerra. Los capítulos 3 y 4 del libro movilizan más ejemplos poéticos y cronísticos en los que se analiza y contextualiza en detalle y de forma siempre convincente la demostración llevada a cabo por los autores.

Este tipo de poesía épica, según nos demuestra Miguel Martínez, dista radicalmente de un género didáctico concebido para fortalecer el poder dinástico y dar coherencia a una clase de soldados nobles cercanos a este. Al contrario: la palabra de los soldados es expresión genuina de su posición respecto al imperio, a las nuevas formas de guerra y a la literatura como forma de expresar ideas marginadas y censuradas por su jerarquía (sobre el difícil control de la expresión soldadesca, véase la sección “opinión pública y cultura oral”, pp. 40-53). En este sentido, *Front Lines* participa de la corriente historiográfica de reevaluación de las formas de movilización política y de su expresión. Lo demuestra magistralmente el último capítulo dedicado a los soldados desmovilizados, en especial aquellos reunidos en los Mentideros de San Felipe en Madrid. Buscando reconocimiento por sus servicios, estos soldados introdujeron en el corazón del imperio las huellas de la violencia vivida en el frente, pintando, mediante voces y formas mayormente líricas, vidas y cuerpos despedazados (*de-soldados*) por los combates y las errancias. La escritura de estos soldados, en última instancia, se caracteriza más por su distancia crítica que por ser una expresión heroica del poder imperial (“destrozan la mitología de la guerra ofreciendo versiones absurdas más que heroicas de la guerra”, p. 212): esta escritura se muestra por tanto capaz de denunciar la violencia de este poder, mediante un discurso eminentemente plural en términos genéricos y enunciativos.

Front Lines plantea y demuestra una hipótesis muy innovadora, que tiene consecuencias de fondo para quienes procuran entender la intersección entre fuentes literarias e históricas en la primera Edad moderna y comprender las dinámicas literarias dentro de su contexto histórico. La gran erudición del autor (que a veces ofrece ejemplos y prueba sus razonamientos de forma un tanto acumulativa) es menos de alabar que su aptitud para movilizar metodologías distintas y complementarias que le permiten dar coherencia a sus fuentes y a su argumentación, y sin las cuales no podría haber surgido una hipótesis de partida necesariamente interdisciplinaria. Nos enseña que algunas de las categorías de análisis que manejamos de manera corriente (los géneros literarios, la geografía, la distinción culto *vs* popular) ocultan algunos fenómenos literarios que recobran aquí toda su importancia. No podemos sino animar al autor a que profundice sus escuetas incursiones en otros idiomas que el español en su libro: la clase de los “soldados pláticos”, la urgencia de la escritura *in situ* o la institucionalización de la literatura entre los militares han de ser paradigmas fecundos para establecer convergencias más allá de las tropas hispanófonas de Europa y de la América colonial. A que busque, también, la huella que dejó esta forma de escritura en textos contemporáneos que no fueron escritos por soldados *stricto sensu*, y sin embargo presentan algunos rasgos del modelo genérico aquí definido.

Aude Plagnard
Université Paul Valéry Montpellier 3 (Francia)
aude.plagnard@univ-montp3.fr